

EL POETA Y EL AMOR

POR JORGE ZALAMEA

Uno de los más extendidos prejuicios, al parecer de curso forzoso, en materia literaria, es aquel que considera el sentimiento erótico, el amor de la pareja humana como la más fuerte y constante de las motivaciones de la obra poética. Probablemente de él nació el mito de la Musa, que fue consolidando su imperio en las épocas históricas de signo femenino, como aquellas en que el espíritu de caballería reemplazó al de Cruzada, o en que el neoplatonismo desplazó el neopaganismo de los renacentistas, o en que el "esprit de finesse" y la mezcla peligrosa de ternura y libertinaje trataron de embaucar a los racionalistas de los siglos XVII y XVIII, o en que el cáncer romántico decimonónico devoró las células más vivas logradas en los difíciles partos de 1789, 1848 y 1871.

Pero, me parece a mí, que basta un somero repaso de programas casi escolares para darnos cuenta de la invalidez de aquel prejuicio.

Es claro que la duda que aquí suscito, sólo podría resolverse en un debate de extensión indefinida y en centenares, acaso millares, de páginas. Y es muy probable que discusiones y libros no alcanzaran a horadar siquiera los seculares cimientos de ese prejuicio.

En todo caso, como simple anticipación a tan apasionante tema, quiero proponer a mis lectores que mediten sobre estas escueltas proposiciones que me voy a permitirle hacerles, saltando a grandes trancos sobre la historia espiritual del hombre:

— ¿Qué lugar corresponde a la ternura o al furor erótico de la pareja humana en los mitos, epopeyas y cosmogonías de la India?

— ¿Qué proporción de valores permanentes guarda la poesía lírica o amoratoria de los griegos, si la comparamos con su poesía dramática y épica?

— ¿Cuál es la importancia relativa que se atribuyen al amante y a la amada en la literatura de la baja Edad Media?

— ¿Los anhelos, los celos, las caricias, los besos y mordiscos, las coqueterías y las querellas de la hembra y su varón, determinan, acaso, la implacable andadura marcial de los grandes poemas del ciclo de Arturo, de la Canción de Rolando, del Mio Cid, de los Nibelungos, del canto ruso de Igor, del Lamento del gran lírico chino Chu Yuan, de las gestas de los voivodas y los haiducs de la Europa Central?

— El prejuicio atribuye al amor de Dante por Beatriz una de las más inconmensurables creaciones del genio poético. Pero no hay tal. La Divina Comedia es, esencialmente, una obra de denuncia, de desdén, de repudio, de cólera, de feroz desenmascaramiento de todas las vanidades, falsías y crímenes de la condición humana.

— ¿Y Shakespeare? ¿Qué son la azucena náufraga de Ofelia, y la marchita violeta de Cordelia, y el lirio estrangulado de Desdémona ante los demonios desatados de la venganza, la ambición, la codicia, el odio, la prepotencia?

— Mas cerca de nosotros aún: Goethe, Schiller, Byron, Blake, Withman, Rimbaud, no rompen, acaso, los muros de la alcoba epitalámica para volar por más amplios espacios y aferrarse, fundirse y confundirse con sentimientos menos perecederos y presencias menos sometidas a la usura del fastidio y el tiempo?

* * *

Desde luego, estos planteamientos incompletos que aquí presento no quieren decir, en modo alguno, que desconozca que el amor humano fue en todo tiempo, y sigue siendo, una de las más caudalosas fuentes de la inspiración poética. Eso equivaldría a una negación del principio vital de que somos fruto y semilla al mismo tiempo. Pero con el rigor que debe presidir toda investigación en el campo de la cultura y toda valorización crítica de la materia analizada, — he considerado indispensable aplicar la duda metódica al que ya dije que consideraba como uno de los prejuicios más extendidos sobre los orígenes y motivaciones de la creación poética. Es posible que al llegar al término de esta breve expedición por algunas de las comarcas menos conocidas entre nosotros de la poesía del siglo XX, podamos sacar algunas conclusiones — así sean tentativas y provisionales — sobre este problema fundamental.

Vamos a ver ahora cómo algunos de los más altos poetas del siglo XX han expresado el amor de la pareja humana.

* * *

Dentro de la revolución poética del siglo XX, el año de 1910 constituye una fecha memorable. Efectivamente, fue entonces cuando Thomas Sterne Eliot escribió el "Canto de Amor de J. Alfred Prufrock".

Toda la tramoya, todos los decorados, toda la utilería del romanticismo erótico preparados y refinados durante aquellas épocas de signo femenino a que antes hice referencia, — se derrumban bajo el sacudimiento sísmico de un poema cuyos ciento veinte versos están nutridos de toda la tradición poética de occidente, lo que les da una mayor fuerza explosiva. Pues no hay revolución sin raíces. Ni se pueden crear cosas nuevas sin contar con las viejas. Ni abrir puertas al futuro sin pasar por los umbrales del pasado.

La hazaña realizada por Eliot, fue la de restituir la pareja humana a su escenario real, desnudándola de sus teatrales atuendos angélicos o demoníacos, haciéndola hablar en su lenguaje cotidiano, auténtico; dando a sus cerebros, a sus vientres y a sus riñones lo que pertenecía a cada cual. ¡No más castillos empinados! ¡No más nemorosos rincones! ¡No más lagos lamartinianos! ¡Fuera las falsas Virginias! ¡Fuera las Elviras leucémicas y las Margaritas tuberculosas! ¡Fuera sus verbosos amantes! ¡No más lánguidas anémonas en casquivana lucha con enhiestos lirios!

La mezquina cédula de identidad de J. Alfred Prufrock anuncia desde el título mismo del Canto la intención del poeta. Los primeros treinta versos sitúan al amante y a su dama en el escenario real, en el ambiente sin evasión posible: calles semidesiertas y tediosas, hoteles baratos de una noche, restaurantes llenos de aserrín, la niebla amarillenta que se frota los lomos contra las vidrieras, el hollín, y la hora del té y los pastelillos.

Pero mejor que hacer la exégesis del poema, es leer la totalidad de su texto.

EL CANTO DE AMOR DE
J. ALFRED PRUFROCK
(T. S. Eliot)

*Si creyera que mi respuesta fuera
Para alguien que otra vez volviera al mundo,
esta llama no más se agitaría;*

*pero como jamás de este hondo abismo
nadie vivo volvió, si oigo lo cierto,
ya sin temor de infamia te respondo.*

DANTE: *El Infierno, XXVII*

Vámonos, pues, tú y yo,
Cuando el anochecer se haya tendido sobre el cielo
Cual un paciente eterizado sobre una mesa;
Vámonos a través de ciertas calles semidesiertas,
Retiros murmurantes
De noches sin descanso en hoteles baratos de una noche
y restaurantes llenos de aserrín y de conchas;
Calles que se suceden cual discusión tediosa
De intención insidiosa
Para llevarte a una pregunta abrumadora. . .
Oh, no me preguntes, "¿Qué es?"
Y vámonos a hacer nuestra visita.

En la alcoba las mujeres van y vienen
Hablando de Miguel Angel.

La niebla amarillenta que se frota los lomos contra las vidrieras,
El humo amarillento que se frota el hocico contra las vidrieras
Lamió con su lengua los rincones del anochecer,
Se detuvo en los pozos que quedan en las cunetas,
Dejó caer sobre su lomo el hollín que cae de las chimeneas,
Se deslizó por la terraza, dio un salto inopinado
Y, viendo que era un suave anochecer de octubre,
Se arrolló en torno a la casa, y quedóse dormido.

Y en verdad habrá tiempo
Para el humo amarillento que se desliza a lo largo de la calle
Frotándose el lomo contra las vidrieras;
Habrá tiempo, habrá tiempo
Para preparar el rostro para el encuentro de los rostros que
[encuentres;

Tiempo para asesinar y para crear,
Y tiempo para todos los trabajos y los días de manos
Que levanten y dejen caer sobre tu plato una pregunta;

Tiempo para ti y tiempo para mí,
Y tiempo aun para cien indecisiones,
Y para cien visiones y revisiones,
Antes de que tomemos una tostada y té.

En la alcoba las mujeres van y vienen
Hablando de Miguel Angel.

Y en verdad habrá tiempo
Para preguntarse, "Me atrevo?" y "Me atrevo?"
Tiempo para volverse y bajar la escalera,
con una mancha calva en medio de mi pelo—
(Dirán: "pero qué calvo está poniéndose!")
Mi sacoleva, mi cuello que asciende firme a la barbilla,
Mi corbata rica y modesta, pero asegurada por un simple alfiler—
(Dirán: "pero qué flacos sus brazos y sus piernas!")
Me atreveré
A perturbar el universo?
En un minuto hay tiempo suficiente
Para decisiones y revisiones que otro minuto habrá de revocar.

Porque a todos los he ya conocido, a todos conocido—
He conocido los anocheceres, las mañanas y las tardes,
He medido mi vida con cucharillas de café;
Conozco las voces muriendo en un morendo descendente
Bajo la música que viene de un cuarto más distante.
Así, cómo podría yo presumir?

Y he conocido ya todos los ojos, a todos conocido—
Los ojos que te dejan lelo al formularte una frase,
Y cuando se me formule, despatarrado bajo un alfiler,

Clavado contra el muro y retorciéndome,
Cómo podría yo entonces empezar
A escupir todos los residuos de mis días y de mis métodos de vida?
Y cómo podría entonces presumir?

Y he conocido ya todos los brazos, a todos conocido—
Brazos con brazaletes y blancos y desnudos
(Pero a la luz de la lámpara cubiertos de vello castaño claro!)
Es el perfume de un traje
Lo que así me hace divagar?
Brazos yaciendo en una mesa, o envueltos en un chal.
Y podría yo entonces presumir?
Y cómo podría empezar?

* * *

Diré acaso, he andado en el crepúsculo por callejas estrechas
Y contemplado el humo que emerge de las pipas
De hombres solitarios en mangas de camisa, asomados a las
[ventanas...?

Yo he debido ser un par de melladas garras
Corriendo por los pisos de mares silenciosos.

* * *

¡Y la tarde, el crepúsculo, duerme tan apacible!
Alisado por largos dedos,
Cansado... adormecido... o se hace el enfermo,
Tendido sobre el suelo, aquí junto a ti y a mí.
Tendría, después del té, los cakes y los helados,
La fuerza suficiente para forzar el momento a hacer crisis?
Mas aunque he llorado y ayunado, orado y llorado,
Aunque he visto mi cabeza (ya un poco calva) traída en una bandeja,
No soy profeta — y eso poco importa;
He visto relucir el momento de mi grandeza,
Y he visto al eterno Lacayo sostenerme el abrigo, y reir tontamente,
Y en suma, tuve miedo.

Y habría acaso valido la pena después de todo,
Después de las tazas, el té y la mermelada,
Entre la porcelana, en medio de una charla entre tú y yo,
Habría acaso valido la pena

Haber estrujado el universo hasta hacerlo una bola,
Para echarla a rodar hacia una pregunta abrumadora,
Para decir: "Soy Lázaro, resucitado de entre los muertos,
Vuelto para decíroslo todo; todo os lo diré" —
Si una, acomodándose bajo la cabeza una almohada,
Dijera: "No es eso lo que he querido decir.
No es eso, en absoluto",

Y hubiera acaso valido la pena después de todo,
Hubiera acaso valido la pena,
Después de los crepúsculos y los antejardines y las calles rociadas,
Después de las novelas y las tazas de té, en pos de las enaguas que
arrastran por el suelo —
Y esto, y tanto más? —
¡Es imposible decir exactamente lo que quiero!

Mas cual si una linterna mágica proyectara los nervios simulando
diseños sobre una pantalla:
Hubiera acaso valido la pena
Si una, acomodándose una almohada, o quitándose un chal,
Y volviéndose a la venta, dijera:
"No es eso en absoluto,
No es eso lo que he querido decir".

¡No! No soy el príncipe Hamlet, ni nací para serlo;
Soy un lord cortesano, uno que serviría
Para engrosar la comitiva real, iniciar una escena o dos,
Aconsejar al príncipe; sin duda, un instrumento fácil,
Deferente, contento de ser útil,
Político, cauto y meticuloso;
Lleno de infladas frases, pero un poquito obtuso;
A veces, en verdad, casi ridículo —
A veces, casi, el Bufón.

Envejezco... Envejezco...
Usaré arremangadas las vueltas de los pantalones.
Partiré mis cabellos por detrás? Me atrevo a comerme un durazno?
Usaré pantalones de flánel blanco y me pasearé por la playa.
He oído a las sirenas cantarse unas a otras.
No creo que canten para mí.

Las he visto cabalgar sobre el lomo de las oías,
Peinando los blancos cabellos de las olas, echados hacia atrás.
Cuando el viento infla el agua blanca y negra.

Hemos permanecido en las cámaras del mar,
Junto a doncellas marinas enaguinaldadas con algas marinas rojas y
[castañas,
Hasta que voces humanas nos despierten, y nos ahogemos.

(Trad. de Jaime Tello)

(1910)

A partir de este poema, ya no será posible escribir sobre la pareja humana en la misma forma en que se hiciera en las épocas de signo femenino. La ficción romántica se ha roto para siempre. En la poesía universal irrumpen elementos nuevos que se irán extendiendo como ondas concéntricas. Cuando Eliot trabajaba en su **Canto**, Blaise Cendrars concluía otra de las pequeñas obras claves de la poesía del siglo XX: **La prosa del Transiberiano y de la pequeña Jehanne de France**. James Joyce elaboraba en su cabeza el gigantesco plan de su **Ulises** y comenzaba la redacción de los primeros capítulos. David Herbert Lawrence comenzaba a escribir sus poemas, que darían otro rumbo, también antirromántico a la poesía erótica. Un movimiento irreversible se había desatado. Años más tarde, Maiakovski, en su "Carta al camarada Kostrov, desde París, sobre la esencia del amor" subrayaría la que podríamos llamar **línea Eliot**. Que, antes de Maiakovski, había servido también de punto de partida para el futurismo italiano, el dadaísmo francés y el surrealismo universal. Las ondas concéntricas suscitadas por el "Canto de J. Alfred Prufrock" llegan hasta nuestros días. El poema de Andrei Voznesenki, el más famoso de los poetas soviéticos vivos, titulado **Paris-Striptease** y escrito en 1963, es un eco directo del "Canto" eliótico. En los Estados Unidos, su influencia es aún más extensa, pues abarca desde los grandes contemporáneos del autor, como Archibald MacLeish, hasta los **beatniks**. Acaso uno de los poemas que mejor evidencian la penetración de la **línea Eliot** en el campo de la poesía amorosa, sea el titulado "**Matrimonio**", de Gregory Corso, que traigo aquí como uno de los más recientes testimonios de la profunda revolución operada en la materia poética en el siglo XX.

MATRIMONIO

(Gregory Corso - 1954)

Debo casarme? Debo ser bueno?

Asombrar a la niña vecina

con mi traje de terciopelo y mi capirote fáustico?

No llevarla al cine sino a los cementerios

decirle todo sobre licántropos bañeras y clarinetes bífidos
deseándola luego y besándola y todos los demás preliminares

y ella manteniendo sus límites y yo entendiendo por qué
sin malhumorarme diciendo Debes sentir! Es bello sentir!

En vez de tomarla en mis brazos

me recostaré contra una vieja lápida ladeada

y la cortejaré la noche entera bajo las constelaciones siderales.

Cuando me presente a sus padres

entiesado, por fin peinado, estrangulado por una corbata,

debo sentarme con las rodillas apretadas en el sofá de los

[interrogatorios

sin preguntar dónde queda el baño?

De qué otra manera sentirme distinto del que soy,

un joven que a menudo piensa en el jabón Flash Gordon—

Oh qué terrible debe ser para un joven

sentarse frente a una familia y la familia pensando

Nunca lo vimos antes! Quiere nuestra Mary Lou

Después del té y las pastas caseras preguntán Qué hace usted?

Debo decírselo? Les gustará entonces?

Dicen Está bien cásense, estamos perdiendo una hija

pero estamos ganando un hijo—

Y puedo preguntar entonces Dónde queda el cuarto de baño?

Oh Dios, y la boda! Toda su familia y sus amigos

y sólo un puñado de los míos gesticulantes y barbudos

esperando sólo comer y beber.

y el clérigo! mirándome como si me hubiese masturbado

preguntándome Toma a esta mujer

por legítima esposa

Y yo, temblando sin saber qué decir, digo Pastel de Gluten!

Beso a la novia todos esos estúpidos me dan palmaditas en la espalda:
Es toda tuya, muchacho! Ja-ja-já!
Y puede verse en sus ojos
toda una obscena luna de miel—
Luego todo ese absurdo arroz y latas rechinantes y zapatos
Cataratas del Niágara! Qué putas somos! Esposos! Esposas! Flores!
Todos escabullándose en pequeños hoteles,
todos yendo a hacer la misma cosa esa noche
Sabiendo el recepcionista indiferente lo que va a pasar
Los zombis de los pasillos sabiendo
El silbante ascensorista sabiendo
El guiñeante botones sabiendo
Todos sabiendo! Yo preferiría no hacer nada!
Quedarme en pie toda la noche! Mirando al recepcionista a los ojos!
Chillando: Reniego de la luna de miel! Reniego de la luna de miel!
corriendo rampante hacia esos apartamentos casi climatizados
aullando Ombligo de radio! Pala de gato!
Ah viviría en el Niágara para siempre! en una oscura cueva bajo
[las Cataratas

Sentaría allí al Loco de las Lunas de Miel
discutiendo maneras de romper matrimonio, un azote de bigamia
un santo de divorcio—

Pero debo casarme debo ser bueno
Qué agradable sería llegar al hogar
y sentarme al lado de la chimenea y ella en la cocina
con su delantal juvenil y amorosamente esperando mi hijo
y tan feliz conmigo que deja quemar el rosbif
y acude a mí llorando y me levanto de mi gran sillón de abuelo
diciendo Dientes de Navidad! Radiantes sesos! Manzana sorda!
Dios mío qué clase de marido seré! Sí, debo casarme!
Tanto quehacer! entrarme por ejemplo en casa de mister Jones tarde
[en la noche
y cubrir sus palos de golf con mil novecientos veinte libros noruegos
o colgar un retrato de Rimbaud en la cortadora de césped
O pegar estampillas de Tannu Tuva
sobre los postes de la cerca
O agarrar a Mrs. Kindhead cuando hace la colecta
para el Community Chest
y decirle Hay presagios desfavorables en el cielo!
Y cuando el alcalde venga a pedirme el voto decirle

Cuándo va usted a prohibirle a las gentes que maten las ballenas!
Y cuando el lechero venga dejarle una nota con la botella
Polvo de pingüino, tráigame polvo de pingüino, quiero polvo de
[pingüino!—

Pero si me casara y fuera en Connecticut y nevara
y ella diera a luz un niño y yo no pudiera dormir, cansado,
desvelado, cabizbajo contra una quieta ventana,
el pasado detrás de mí,
encontrándome a mí mismo en la más común de las situaciones
un hombre tembloroso
conocedor de sus responsabilidades sin necesidad de examen
[sanguíneo

mi sopa de moneda romana—

Cómo sería eso!

Seguramente daría por saberlo el pezón de una llanta Tacitus
Por una carraca un saco de discos rotos de Bach
Pegando a della Francesca sobre su cuna
Cosiendo el alfabeto griego en su babero
Y construyendo para sus juegos un Partenón sin techo—

No dudo que yo sea ese tipo de padre
no rural no nieve no quiera ventana
sino el denso olor caliente de New York
siete pisos arriba, cucarachas y ratas en los muros
una gorda esposa del Reich vociferando sobre las patatas Consigue
[trabajo!

Y cinco rapaces mocosos enamorados de Batman
Y todos los vecinos desdentados y con el pelo seco
como aquellas multitudes embrujadas del siglo XVIII
todos queriendo entrar para ver la TV
El propietario quiere el alquiler
Almacén de Víveres Cruz Azul Compañía de Gas y Electricidad
[Caballeros de Colón

imposible recostarse y soñar con nieve de Teléfonos
parqueadero fantasma—

No! No debo casarme Nunca debo casarme!

Pero imaginemos que me casara con una bella
mujer sofisticada
alta y pálida vistiendo un elegante traje negro

y largos guantes negros
y una larga boquilla en la mano
y un highball en la otra
y vivimos muy alto en un penthouse con un gran ventanal
desde donde podemos ver todo New York
y aún más lejos cuando los días son claros
No, no me puedo imaginar casado a ese amable sueño de presidio—

Ah, pero y el amor? Me olvidé del amor
no porque sea incapaz de amar
pero el amor me parece tan extraño como el usar zapatos—
Nunca he querido casarme con una muchacha que se pareciera a mi
[madre

E Ingrid Bergmann fue siempre imposible
Y acaso hay ahora una muchacha pero ya está casada
Y no me gustan los hombres y . . .
pero tiene que haber alguien!
Porque si llego a los 60 sin casarme,
todo solo en un cuarto amueblado con manchas de orina en mis
[calzoncillos
y todos los demás están casados! Casado todo el mundo menos yo!

Ah, todavía sé que hay una mujer posible
como yo soy posible
y el matrimonio entonces es posible . . .
Como ELLA en su extraña y pomposa soledad espera a su amante
[egipcio
así espero yo . . . aflijido por 2.000 años y el baño de la vida—

Como señalé antes, David Herbert Lawrence, mejor conocido como novelista que como poeta, escribía por la misma época del **Canto** de Eliot sus **Poemas de Amor**, que se publicaron en 1913. Por vías distintas a las de Eliot, pero confluyendo con ellas, en la destrucción de los mitos del romanticismo erótico, Lawrence restituye a la pareja humana en el edén de la vida natural, bajo la tutela estimulante del sol, en la franca, espontánea y limpia desnudez de sus cuerpos. Como lo hiciera a todo lo largo de su espléndida obra, lucha contra la perversión y la lujuria, contra la hipocresía que se torna en vicio y el falso idealismo que se convierte en salacidad. Con todas sus entrañas palpitantes, Lawrence se **sentía** hijo del sol

y proclamaba, como tal, la fe en la sangre, la fe en la carne viva, la fe en la comunión de los sexos, única que puede conceder la paz a las dos partes opuestas y complementarias de la especie humana. Esta concepción del amor, a un tiempo mística y realista, tendría en Lawrence una expresión poética adecuada a su compleja duplicidad. También el lenguaje habría de responder con imágenes muy concretas y conceptos muy abstractos, casi herméticos, a esa mezcla de misterio trascendente y de mero impulso vital que podría hacer de la obra de los sexos la cura de la insoportable soledad.

Creo encontrar en el poema de Lawrence titulado "Higos" una insuperable muestra de los objetivos y creencias del poeta, así como del estilo empleado para exponerlos y afirmarlos.

He aquí el texto:

HIGOS

(David Herbert Lawrence)

La manera socialmente correcta de comerse un higo
es dividiéndolo en cuatro partes, tomándolo por el pedúnculo,
abriéndolo así como una flor brillante, rosada, húmeda, dulce,
con cuatro pétalos pesados.

Y cuando ya has sorbido la entraña con tus labios,
tiras la piel
que es precisamente un cáliz con cuatro sépalos.

Pero, a la manera vulgar,
aplicas la boca a la grieta, y sacas la carne de un mordisco.

Todo fruto tiene su secreto.

El higo es un fruto que oculta su secreto.
Cuando lo ves ahí, creciendo, comprendes de inmediato que es
[simbólico:

parece macho.

Pero cuando lo conoces mejor decides, con los romanos:
es hembra.

Los italianos dicen vulgarmente que representa las partes femeninas: la grieta del higo es la fisura, la vulva, la maravillosa y húmeda ruta hacia el centro.

Envuelto,
enrollado,
el florecimiento total hacia adentro de las fibras del útero;
y tan solo un orificio.

El higo, la herradura, la flor de la calabaza.
Símbolos.

Había una flor que floreció en su interior, hacia adentro;
ahora hay un fruto maduro como un útero.

Siempre ha sido un misterio.
Y así debe ser, la hembra debe ser siempre misteriosa.

Nunca se ha ostentado desde lo alto, desplegado sobre una rama como otras flores, en una revelación de pétalos: duraznos irisados, el verde vidrio veneciano de los nísperos y manzanas silvestres, las bajas calas en sus vasos, en sus gruesos tallos, abriéndose y cantando al cielo:
¡Brindo por la espiga en flor! ¡Brindo por el canto!
Flores atrevidas, desnudándose.

Envuelto en sí mismo, con su secreto indecible, la savia blanca, savia que cuaja la leche en queso, savia que huele extraña en tus dedos; ni los chivos quieren probarla. Envuelto en sí mismo, enclaustrado como una mujer mahometana; su desnudez siempre escondida, su florecimiento para siempre oculto; sólo una pequeña vía de acceso, y ésta, protegida de la luz con telas estrechas.

Higo, fruto del misterio femenino, secreto e interior; fruto mediterráneo con tu oculta desnudez, donde todo sucede invisiblemente: florecimiento y fertilización y fructificación en fondo de ti mismo, que el ojo nunca verá, hasta que finalices y sobremadures y revientes soltando tu alma.

Hasta que la gota de maduración exude
y el año termine.

El higo ha guardado su secreto suficiente tiempo.
Así revienta. Y ves, por la fisura, su color escarlata.
El higo perece, y el año termina.

De esta manera muere el higo, mostrando su carmín por la grieta
abierta
como una herida; revela su secreto a la luz del día.
Como una prostituta el higo abierto, revelando su secreto.

Así también mueren las mujeres.

El año, sobremaduro, ha caído,
el año de nuestras mujeres.
El año de nuestras mujeres ha caído sobremaduro.

Se ha desnudado el secreto.
Y la putrefacción comienza.
Sobremaduro ha caído el año de nuestras mujeres.
Cuando Eva supo en SU MENTE que se hallaba desnuda,
tejió rápidamente un taparrabos de hojas de higuera, y otro tejió
para el hombre.
Había estado desnuda todos los días anteriores,
pero hasta aquel día —el de la manzana del conocimiento— su
desnudez no ocupaba su mente.

Comenzó a preocuparse y rápidamente tejió hojas de higuera.
Y las mujeres han tejido desde aquel día.
Pero ahora tejen para adornar el higo reventado, no para cubrirlo.
Y más que nunca están conscientes de su desnudez.
y no nos dejan olvidarla.

Ahora, el secreto
se convierte en una afirmación de los húmedos labios rojos
que se ríen de la indignación de Dios.

—Y ENTONCES QUE, BUEN SEÑOR?— gritan las mujeres.
—HEMOS GUARDADO NUESTRO SECRETO SUFICIENTE
TIEMPO.
SOMOS HIGOS MADUROS.
REVENTEMOS Y AFIRMEMOS.

Olvidaron las mujeres que los higos maduros no pueden guardarse.
No pueden guardarse los higos maduros.

Higos del norte: blancos como la miel; higos negros del sur, con las entrañas escarlata.

Los higos maduros no pueden guardarse; en ningún clima pueden guardarse.

Cuando las mujeres de todo el mundo han reventado y se han prostituido, entonces qué?

¿Pueden guardarse, acaso, los higos maduros?

(Trad. de Mario Catz y William Rowe, revisado por J. Z.)

Sería una necia arbitrariedad afirmar, o siquiera suponer, que las obras de Eliot, Cendrars, Joyce, Lawrence y demás poetas de la segunda década del siglo XX que demolieron el teatro romántico, hubiesen cegado las fuentes de la gran poesía lírica y represado en un podrido estanque las aguas vivas del Shakespeare de los Sonetos, de Petrarca, de San Juan de la Cruz, de John Donne, de Racine, de Shelley, de Gerardo de Nerval, de Novalis, de Poe, de Verlaine, de tantos otros. En manera alguna. Esas aguas han seguido fluyendo, unas veces en melódicos riachuelos, otras en espumeantes torrentes, otras en espléndidas mareas. Y, como veremos luego, también los grandes líricos contemporáneos han sabido conservar ciertos caracteres nacionales y preservar ciertas formas tradicionales del género. Pero, desde luego, mostrando invariablemente el impacto de la gran revolución antiromántica.

No tenemos mucho espacio para exhibir una muestra de las muy diversas variedades de la poesía amatoria del siglo XX que sigue, renovándolo, el cauce de la gran tradición. Busquemos, pues, al menos algunos de los ejemplos más característicos o que, por ser menos conocidos, puedan suscitar un mayor interés.

* * *

Es posible que muchos de los lectores conozcan a Boris Pasternak por la lectura de una novela: "El Doctor Zivago", en torno a la cual se fraguó hace pocos años una de las farsas más hipócritas y de los escándalos más farisaicos de la vida literaria contemporánea. Pero es posible también que la mayoría desconozca la obra poética de Pasternak, que es la que realmente le confiere un lugar

preeminente en la literatura universal. Como sucede con todos los poetas rusos y soviéticos, la traducción de sus obras apenas si puede dar una sombra espesa y torpe de lo que son en su texto original. Efectivamente, la lengua rusa tiene una fluencia y una riqueza musical de muy difícil reproducción. Por otra parte, las leyes predominantes en la composición poética, difieren considerablemente de las más habituales en las lenguas romances. Finalmente, Pasternak desordena todos los valores tradicionales para crear una lírica desarticulada, inconexa, casi caótica. El mismo lo dice: "Cuando el poeta ama, el caos surge de nuevo en el mundo como en la época de los fósiles". No obstante estas dificultades, es posible entrever en el poema que aquí se publica esa impresionante dislocación de las imágenes y ese aparente caos de los sentimientos que caracterizan la expresión lírica de Pasternak. Aunque esa expresión sea única en su género, no dejará de advertirse que también guarda las huellas profundas de los terremotos y maremotos acaecidos en el universo poético en la segunda década de nuestro siglo.

UN ALBA TODAVIA MAS INCIERTA

(Boris Pasternak)

Toda la mañana
arrulló el palomo
bajo las ventanas.
En el robledal,
entumecidas
como mojadas
mangas de camisa,
colgaban las ramas.
Comenzaba a llover.
Apresuradas,
sobre la polvareda
del mercado
las nubes surcaban.

Sospecho
que mi angustia
acunaban,
meciéndola
en un baratillo
de buhonero.
¡Les rogué que cesasen!
Y parecía que iban a hacerlo.
Gris era el alba,
como querella entre los matorrales,
como conjura de presidiarios.
Les supliqué que anticipasen la hora
en que, tras sus ventanas,
como glacial de las montañas,
choca la sonora
alfarería de tu tocador.
La hora en que el vidrio,
más quemante que el hielo,
vierte sobre la consola
fragmentos de canción,
mientras tú ofreces al espejo
el mador cálido del sueño
que escapa
de tus mejillas y tu frente.

Pero allá arriba nadie ha oído
mi ruego asordinado
por el gran ruido
de las nubes en marcha
bajo sus banderas.
En el silencio polvoriento,
empapado como un capote,
resonante como el temblor polvoso
de los trigos trillados,
como gran querella entre los matorrales,
les supliqué:
"No me torturéis más!"
Pero lloviznaba;
las nubes, pataleando,
humeaban sobre el mercado polvoriento

como trotan, al amanecer,
los reclutas detrás de la alquería.

Se demoraban horas,
siglos,
como prisioneros austriacos,
como ese sordo estertor,
¡ay! ese estertor:
"Hermana, tengo sed!"

* * *

Aunque el "Romance Sonámbulo" de Federico García Lorca parezca ser una de sus poesías más populares, cabe preguntarse si los lectores engolosinados por aquel "Verde que te quiero verde..." se han dado cuenta cabal de que en este caso se trata no de una simple canción o romance, sino de una obra dramática de casi insoportable intensidad en su condensación poética. Como construcción dramática, nada tiene que envidiar a "Bodas de Sangre" o a "La Casa de Bernarda Alba". Ya en otros de sus romances, García Lorca había obtenido el mismo fenomenal resultado de condensar en cincuenta versos el escenario, los personajes y las peripecias de un drama, acaso de una tragedia como es el caso de los romances del Camborio, en donde juega el *fatum*. Pero si traigo aquí el "Romance Sonámbulo" no es como prueba testimonial de la teoría que algunas veces he enunciado y según la cual todo gran poeta llega a su culminación en la expresión teatral. Sino porque, dentro de la poesía lírica y amorosa que venimos leyendo y acotando tímidamente, representa la vena henchida y apresurada de lo que me atrevería a llamar el "amor furioso", dando a este calificativo el sentido que hace algunos años le daban los aficionados de todo el mundo cuando, al referirse a los futbolistas de España, hablaban de la "furia española". La furia como vehemencia, como concentración de fuerzas para lanzarlas luego con mayor ímpetu, velocidad y alcance. Como en toda su obra, como en cada uno de sus versos, como en cada uno de sus personajes, el García Lorca del "Romance Sonámbulo" es español hasta el unto de los huesos, hasta la córnea de las uñas. De la misma manera que no es concebible Bernarda Alba fuera de España, fuera de Andalucía, tampoco el mocito que

regresa desde los puertos de Cabra, vertiendo sangre y amor; ni el padre de la niña amarga que lo acompaña vertiendo lágrimas; ni la gitana ahogada en el aljibe para que su novio no le vea en los ojos la deshonra de ella y él; ni los ebrios guardias civiles que golpean a la puerta de la desdoncellada, — podrían ubicarse y admitirse en ambiente distinto al español, al andaluz que sirve de escenario al drama.

Repitamos, recordemos, miremos en profundidad cada una de sus escenas, cada uno de sus personajes:

ROMANCE SONAMBULO

(Federico García Lorca)

Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.
Con la sombra en la cintura
ella sueña en su baranda,
verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Verde que te quiero verde.
Bajo la luna gitana,
las cosas la están mirando
y ella no puede mirarlas.

*

Verde que te quiero verde.
Grandes estrellas de escarcha,
vienen con el pez de sombra
que abre el camino del alba.
La higuera frota su viento
con la lija de sus ramas,
y el monte, gato garduño,

eriza sus pitas agrias.
Pero quién vendrá? Y por dónde...?
Ella sigue en su baranda,
verde carne, pelo verde,
soñando en la mar amarga.

*

Compadre, quiero cambiar
mi caballo por su casa,
mi montura por su espejo,
mi cuchillo por su manta.
Compadre, vengo sangrando
desde los puertos de Cabra.
Si yo pudiera, mocito,
ese trato se cerraba.
Pero yo ya no soy yo,
ni mi casa es ya mi casa.
Compadre, quiero morir
decentemente en mi cama.
De acero, si puede ser,
con las sábanas de holanda.

¿No ves la herida que tengo
desde el pecho a la garganta?
Trescientas rosas morenas
lleva tu pechera blanca.
Tu sangre rezuma y huele
alrededor de tu faja,
Pero yo ya no soy yo,
ni mi casa es ya mi casa.
Dejadme subir al menos
hasta las altas barandas,
¡dejadme subir!, dejadme
hasta las verdes barandas,
Barandales de la luna
por donde retumba el agua.

*

Ya suben los dos compadres
hacia las altas barandas.
Dejando un rastro de sangre.
Dejando un rastro de lágrimas.
Temblaban en los tejados
farolillos de hojalata.
Mil panderos de cristal
herían la madrugada.

*

Verde que te quiero verde,
verde viento, verdes ramas.
Los dos compadres subieron.
El largo viento dejaba
en la boca un raro gusto
de hiel, de menta y de albahaca.
¡Compadre! ¿Dónde está, dime?
¿Dónde está tu niña amarga?
¡Cuántas veces te esperé!
¡Cuántas veces te esperara,
cara fresca, negro pelo,
en esta verde baranda!

*

Sobre el rostro del aljibe
se mecía la gitana.
Verde carne, pelo verde
con ojos de fría plata.
Un carámbano de luna
la sostiene sobre el agua.
La noche se puso íntima
como una pequeña plaza.
Guardias civiles borrachos
en la puerta golpeaban.
Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.

* * *

Otra vez, tengo el orgullo de incorporar a la gran poesía del siglo XX el nombre de un poeta colombiano, el de Arturo Camacho Ramírez. Aunque no sea candidato de "El Tiempo" al Premio Nobel; aunque acaso los nadaístas no lo hayan leído; aunque los ebeles imbeles bedeles de la crítica dominical ignoren su obra, Arturo Camacho Ramírez —con el gran maestro León de Greiff y con Alvaro Mutis— es uno de los tres plenipotenciarios que nuestra patria puede enviar para que traten en cualquier tierra extranjera los altos negocios del espíritu.

Camacho Ramírez es otro poeta del "amor furioso". Pero su furia ya no es representativa de su gente — como sí lo fue en García Lorca—, sino de su propia individualidad. En términos generales, podría decirse que los colombianos tenemos en las venas más "changüa" que sangre. En tanto que en Camacho Ramírez hay tal abundancia de sangre que se le salta por cada verso, por cada palabra, en la hemorragia incontenible de una hemofilia de nuevo género.

Por implacables razones de espacio, voy a tener que proceder ahora a un descuartizamiento del más hermoso de los poemas eróticos de Arturo Camacho Ramírez: "Cándida Inerte". Es horrendo hacerlo. Pero no hay más remedio. Del crimen inminente, sólo podría consolarme la esperanza de que en algunos de mis eventuales lectores, nazca el deseo de conocer en su totalidad el poema por mí descuartizado.

CANDIDA INERTE

(Arturo Camacho Ramírez)

Alta tu desnudez que me acuchilla
en la más alta noche mareante;
viva relumbre en que tu carne brilla
su cálida insistencia de diamante.

Este canto al amor de tanto hondo,
de tanta dulcedumbre amortecida,
de tanta rosa en carne entretejida
y tanto cauce a la conciencia oculto;

Angel Babel, el ala atravesada,
yo, que entre corazones me batía,
lo cantará, si el ánima sombría,
la voz al paio en ella desvelada.

Porque tú fuiste estrella de mi grito,
playa de mi silencio y de mi llanto,
orilla de amarillo desencanto,
mordedura en mi voz del infinito.

Predio lejano en lindes del olvido,
eternidad de lumbra equivocada,
órbita de una estrella desgarrada,
oscilando a compás de lo perdido.

Sima sonora, plenitud caída,
hoja del árbol de mi sangre, inerte;
la voz con que te dije que te amaba
es la misma que te habla de la muerte.

I

Miráos largamente en un espejo
y comprenderéis la muerte de muchas cosas.
Adivinad en el humo del cigarrillo
todos los horizontes prohibidos.
Y las ciudades que sepultaría vuestra Presencia.
Porque un espejo es una mujer transparente
y vuestra imagen es la razón de su sangre.
Pero aún no es tiempo de decir nada:
dejadla que agonice en su conciencia,
que se retuerza y gima
entre las tempestades que ciñen su cintura,
entre los huracanes de la mente
y el vendaval que cruje en las arterias locas.

Por entre los arroyos gigantes de sus venas,
yo viajo hacia la muerte,
galopo.
Sobre ángeles metálicos,
sobre voces de sílabas crispadas,
sobre olvidos hambrientos de recuerdo,
sobre carne y angustia,
sobre canción y sangre.
Sobre sangre.

Hay una estancia a miles de kilómetros,
con poemas colgando en las ventanas,
donde el amor despliega sus amplios cloroformas.
Manos sin anclas entre torbellinos,
cabezas que me llaman, sobreaguardo,
con los nombres más dulces y terribles
y unos cabellos derramando lumbre
y una boca atrocemente sonreída.

Yo debo estar aullando en los rincones
hacia las lejanías donde su carne tiembla.
Quiero alcanzar la brújula absorta de sus senos
y el timón del espacio donde sus ojos sueñan
para llegar hasta mi propia muerte,
hasta su estrella tierna y ondulada,
hasta sus espeluncas de diamante
y sus desfiladeros como espadas.

Miradme largamente y en silencio,
reconocedme en este espectroplasma;
yo soy un sub-afluente de sus nervios,
una gota, no más, de su marea,
una radiografía de sus besos.

La muerte no es un barco que se aleja
ni un gran viento que anuda las distancias;
la muerte es esto que llevamos puesto:
la sinfonía constante de la carne
sobre la flauta errante de los huesos,
el destino de todas las miradas,
el blanco en que se clava la flecha del deseo
y la piel en jirones de amor desmesurado.

La muerte es ella ardiendo sobre mis brazos,
sumiéndome en las fibras de su antorcha,
bañándome en su lánguida ceniza.

Miráos largamente en un espejo!

II

En el ángulo muerto de tu ausencia,
fijamente,
con una cantidad de materiales muertos,
en jirones desnudos,
colgando en los paisajes del subfondo del alma,
veo tu sombra y doy gritos y me muerdo los ojos
y estoy azul de lágrimas.

Con párpados de viento,
con amapolas puestas a sonreírle al agua,
con ese apenas leve país de tus mejillas
y sangre en lentos grumos, voy sorbiéndote.

Vengo a inquirir qué sabes de naufragios,
de espejos rotos y de alcobas flotantes
y vengo a preguntarte por mi sombra
y por mi cabellera y mis pestañas
y por el ángel espiral y lento
enredado en las luces que te ocultan el alma.

Qué atmósfera envenenas con tu sueño,
a qué embestida de voces empapadas
—en doble juego de alas y de sombras,
paloma ardiendo en brisas congeladas—
obedeces muriéndote, llamando,
surcándote con uñas velocísima,
clavada por agujas de ceniza,
asfixiada por climas de silencio
entre disgregaciones y palabras?

Hay sollozos inconfesables que te acechan
y roen el metal de tu garganta
y galopantes hojas delirantes
y yo que te estrangulo y tú que cantas.
Esta es la muerte y su primer mensaje,
tatuado en actos, en besos y en adioses,
cruzando entre perfumes,
tambor errante y loco que retumba
en la colmena fría de tus pulmones.

Circulando entre vetas,
desmayada en abandonadas estaciones,
cae la muerte y se acoge entre mis manos:
yo te la ofrezco para que te salves
en mi recuerdo, en mi constante angustia
y en mi firme pasión deshabitada.
Ven a este puerto que se abre hacia tres mares
en retratos de muerte que gritan por el aire,
en la red imantada de los sexos
que cubre el mundo y anula las distancias.
Ven entre mariposas y temblores,
disuelta en nubes y resuelta en agua.
Ven a invadir de tallos mi destierro,
revuelta en lluvia, lodo y primavera.
Diosa mustia, divinidad desamparada ,
ven inaugura mi última blasfemia.

Hija perfecta de antes de mi sangre:
coronada de dulces maldiciones
la muerte nos invade.

La muerte es el color de su presencia
vuelta flecos de amor sobre tu carne.

III

Traspasada por túneles profundos,
en ondas tubulares de sombra y de sonido,
en sordas muchedumbres,
veo llegar tus banderas delirantes,
tu viento fermentado de luceros.

Si sólo una palabra nos ahogara
la sangre que huye en pávidos tumultos,
en afiladas hordas de resistencia y níquel
golpearía en tu pecho su tumbo atormentado.

Si sólo una palabra nos ahogara
sería tu nombre huyendo hacia ti misma,
girando en mi garganta

como una rueda de cristal violento
y de húmedo temblor sacrificado.

Si pudiera besarte los labios y los hombros
y arrancarte la piel y vestirme de blanco
y dar gritos sin eco,
te morirías en tus propios brazos,
se llenarían de otoño tus cabellos
y de lluvia tus ojos y tus párpados;
serías la tierra en forma y en potencia
y entre tu cuello temblaría el verano
y yo me clavaría en tus entrañas
como un grano de amor enamorado.

Discurro por los muelles que llevan a tu cuerpo
y caigo en él como un marino ebrio,
implorando el secreto de tu sexo violado.
Mi tacto te recuerda
rodando por la estepa movable de tu carne
sus ávidos trineos;
oigo cerrar ventanas con estrépito
sobre doncellas y sobre ciudades,
vea muchas cosas derrumbarse
y arder bosques errantes y desgarrarse vidrios
y tijeras cortando alas sin nadie
y brumas que desgarran los cuerpos mutilados.

Quiero morder entonces la estrella de tu vientre
con su resplandor agrio de caracol marchito
y su ensenada inmóvil donde la muerte anida;
el baluarte encrespado de tus senos,
donde los besos rompen su marea,
y el arco trepidante de tus flancos
donde tu torso inicia su libertad suspensa
de racimo que mece la fiebre de tus brazos.

Tú tienes como el mar la sal de los destierros,
sus flotantes galernas, sus mástiles hundidos,
sus algas ondulantes y su crin espumosa;
sus islas vigilando crujidos de naufragio:
tienes sus olas y su ardiente arena
y numerosos puertos esperando.

Ya no he de escalar nunca tu geometría rotunda,
playa de los delirios, resaca de los cantos,
ni ese faro indeleble que perdura
sobre tu corazón aglomerado
por los turbios rebaños de la muerte
y por un firme mandamiento helado.

La muerte es dondequiera que tu recuerdo vibre
con sus golfos abiertos al corazón ahogado.

IV

Hay ojos de mi sangre que se esparcen buscándote
como reptiles, como filamentos,
como témpanos locos que van a la deriva.
Dime cómo encontrarte que no sea
atada en haz conmigo por la muerte,
dime cómo gritarte sin que responda seca
la muerte
Dime cómo besarte
con los labios ardiendo de vida, vida, vida!

Enséñame pequeñas aldeas de tu sueño
donde resuenen sólo nuestros cuerpos callados
como un tambor alegre que vuela sobre el bosque,
renovando en las hojas su nervadura tierna.
Desátame la muerte que tiembla entre mis venas
—lanzando hasta tu carne su flecha enfurecida—
e invade en cataratas de tinte silencioso,
con su verdor reseco, tu garganta madura.
Dime cómo estrecharte sin que se enrede mi alma
en su madeja mustia y en su luz extinguida.
Dame una voz de amianto que cante entre su incendio
para decir tu nombre de paloma perdida.

Ya sé que estoy pidiendo tesoros imposibles
y joyas desveladas que hace tiempo perdimos;
que nuestros huesos crujan bajo su cruel taladro
y mezcla en chorros lentos nuestra amargura íntima.
El final esperado, la medular angustia

que corre en sus carámbanos de plata enloquecida,
ha puesto en nuestros dientes su relámpago yerto
de tempestad sin lluvia.

Sólo la muerte guarda el secreto de los lirios
despojados que lloran sobre tu primavera,
lucero devorante de pasión sublimada
que se ciñe a tus brazos en pálidas pulseras.
Tallo de amor doblado de vértigos sexuales,
exhalación huyendo de tus manos pretéritas,
lanza que sacrifica las águilas del canto,
vertical, prematura, desvelada, perfecta.

Recuérdame en la furia de las varas de rosa
que azotaron tu rostro brotadas de mis manos;
en el motín de niebla sobre tu cabellera,
en el éxtasis verde de tu anillo esmaltado,
en la flor de los nervios besados y mordidos,
en el remordimiento del espasmo logrado.

Yo te recuerdo en todos los fracasos del mundo,
revuelta en terremotos de azufre huracanado,
dispersando jardines y azuzando tinieblas,
surgiendo de ti misma con gritos de alabastro,
estatua levantada de materia ondulante,
vaso de resplandores, espejo de naufragios.

Tus cabellos atados al arpa de la muerte,
tañidos por un soplo de arcángel vagabundo,
dan esta sinfonía que salta hasta mi cuerpo,
desbordando mis brazos y erizando mis músculos.

Y quiero que me muestren un sitio y un sollozo,
un nenúfar flotando sobre aguas apacibles;
algo que nos redima del odio derramado
de esta gota de muerte cautiva en las entrañas.
En sexo anarquizado de límite iracundo,
fortaleza de espanto con ángeles vigías,
la vida reclamada con voz que la destruye,
coágulo derrotado por pistas de agonía.
Porque éramos la muerte, bicéfala y triunfante,
curvados como un puente de eternidad vencida.

V

La muerte anda en burbujas
interponiéndose entre las bocas que se aman,
como la tuya y la mía,
enclavijando al sexo de los perros,
haciendo imposible la luz de las alcobas,
Cándida inerte.

Yo he encontrado la muerte en tus pañuelos
como una inicial trémula,
he sentido sus delgadas poleas en la sangre,
subiendo nuestros cuerpos hacia arriba,
como el vapor de agua de ola a nube,
y el silbido de sus venas filtrándose
como vetas de mármol que brotan en el torso,
como lágrimas largas que nunca desembocan.

Tú has sentido nuestro corazón desleído
que va invadiendo el cuerpo
como una tierra negra y amasada
cuando el amor nos lleva hasta ese límite
donde la muerte erige su volante amapola.

Yo te he visto tronchada,
con nervios cristalinos y músculos caídos,
invadida, tomada,
sorbida como un agua largo tiempo proscrita,
tus piernas desgonzadas sobre tu carne ausente.
La muerte te mecía en sus hamacas,
Cándida inerte.

Como manos huyendo entre cabellos,
como uñas desprendidas,
con pistas rojas, con banderas húmedas,
así la muerte invade lo que es nuestro:
los brazos, la garganta,
nuestra piel anudada por los besos.

Sí, todo esto es así, yo ya lo entiendo;
esta es su rada ardiente y movediza

donde te hundes cada vez más cerca,
donde estás enterrada con lamentos,
con bocas azufradas, con los labios
que surten sus planicies apagadas,
con ojos que se arrancan las miradas
y lloran los espesos arroyos de tu cuerpo.

Recuerdo margaritas sembradas en tu voz
y playas en tus párpados y lluvia en tus cabellos,
retazos de la noche donde retumba siempre
el gemido de un niño recién decapitado.
Recuerdo tus palabras mordiéndome los hombros,
tu espalda, ya en crepúsculo, al regreso del mar;
ese rumor profundo de barco enloquecido
que tenían tus senos de cauces invisibles
a orillas rezumantes de horrenda eternidad.

Nuestro amor está lleno de espantos memorables,
de lenta poesía,
de azucenas de turbio corazón.
La muerte tiene velos de olvido devorante;
yo volveré algún día para olvidarte en firme,
entre cabañas muertas y vacías,
sin péntalos sedientos,
sin zarzas y sin yedras que tiemblen de tu ausencia,
sin vivas crisantemas que sepan repetirte,
sin el racimo en llamas de mis manos,
sin el canal desviado de mi voz.

La muerte está en tu sexo como ostra fijada,
recogiendo la perla que brota de mi vida.

* * *

Voy a concluir esta etapa de nuestra expedición aventurada, con la lectura de un breve fragmento de uno de los más extraordinarios poemas que la hayan sido dados a los hombres, en cualquier época, para su consolación y su deleite. Me refiero a "Marea", de Saint-John Perse.

Refiriéndome a ese poema, escribí en una de mis últimas obras estas palabras que ahora deseo repetir:

Sobre el cielo unas veces sereno y otras tempestuoso de la poesía, suelo ver la imagen de una gran serpiente ondulante y llameante que se muerde la cola. El círculo que así forma su escamado y oleaginoso cuerpo, viene a ser para mí el símbolo del constante corro que forman las palabras en torno del espíritu que las creó creyendo iluminar con ellas su propia oscuridad. . . Cuatro mil años antes de la era cristiana, los poetas sumerios relataban y encomiaban los esponsalicios reales que tres mil años después, en el "Cantar de los Cantares", el rey Salomón amplificaría en confidencias de más alto vuelo. Las ondas concéntricas de la poesía, se dilataban aquí también y llegan hasta el siglo XVI para humedecer y vivificar los labios de Fray Luis de León y llevar a San Juan de la Cruz a las más admirables expresiones del amor. . . De ese eterno amor humano del cual ahora, en nuestra actualidad, Saint-John Perse nos restituye la pura y gloriosa imagen en una recitación que, por su amplitud, su vigor y su tono, se sale de la poesía lírica para convertirse en no sé nueva especie de epopeya amorosa.

Sobre el cielo sereno o tempestuoso de la poesía, suelo ver una serpiente que se muerde la cola.

Pero escuchemos al poeta:

ESTRECHOS SON LOS BAJELES

(2: 1 y 2)

(Saint-John Perse)

1. —

"... Amor, amor que tan alto tienes el grito de mi nacimiento, que es de mar en marcha hacia la Amante! Viña vendimiada sobre toda playa, beneficio de espuma en toda carne, y canto de burbujas sobre las arenas. . . Homenaje, homenaje a la Vivacidad divina!

Tú, el hombre ávido, me desnudas: patrón más tranquilo que a bordo el patrón del navio. Y tanta tela se desata, no hay más mujer que aparejada. Se abre el Estío que vive de mar. Y mi corazón te abre una mujer más fresca que el agua verde: semilla y savia de dulzura, el ácido a la leche mezclada, la sal a la sangre muy viva, y el oro y el yodo, y el sabor también de cobre y su principio de amargura — toda la mar en mí llevada como en la urna maternal. . .

Y sobre la playa de mi cuerpo el hombre nacido de mar se ha tendido. Que refresque su rostro en la fuente misma bajo las arenas; y se regocije sobre mi era, como el dios tatuado de helecho macho. . . Mi amor, tienes sed? Soy mujer a tus labios más nueva que la sed. Y mi rostro entre tus manos como en las manos frescas del náufrago, ah! que te sea en la noche caliente frescor de almendra y sabor de aurora, y conocimiento primero del fruto sobre la ribera extranjera.

Soñé, la otra noche, islas más verdes que el sueño. . . Y los navegantes descienden a la ribera en busca de un agua azul; ven —es el reflujo— el lecho rehecho de las arenas chorreantes: la mar arborescente deja allí, filtrándose, esas puras huellas capilares, como grandes palmeras martirizadas, altas muchachas extasiadas y llorosas que el mar acuesta con sus taparrabos y sus trenzas desatados.

Y estas son figuraciones del sueño. Pero tú, hombres de frente recta, tendido en la realidad del sueño, bebes en la propia boca redonda, y sabes su revestimiento púnico: carne de granada y corazón de tuna, higo de Africa y fruto de Asia. . . Frutos de la mujer, oh mi amor, son más que frutos de mar: de mí, ni pintada ni adornada, recibe las arras del Estío de mar. . .”.

2. —

“ . . . En el corazón del hombre, soledad. Extraño el hombre, sin ribera, cerca de la mujer, ribereña. Y mar yo mismo a tu oriente, como a tu arena de oro mezclado, que vaya yo aún y demore en tu ribera, en el desatarse muy lento de tus anillos de arcilla — mujer que se hace y se deshace con la ola que la engendra. . .

Y tú, más casta por estar más desnuda, de tus solas manos vestida, no eres Virgen de los grandes fondos, Victoria de bronce o de piedra blanca que se extrae, con el ánfora, en las grandes redes cargadas de algas de los destajeros de mar; sino carne de mujer a mi rostro, calor de mujer bajo mi olfato, y mujer que prende su aroma como la llama de fuego rosa entre los dedos semicerrados.

Y como la sal está en el trigo, la mar en ti en su principio, la cosa en ti que fue de mar, te ha dado ese sabor de mujer feliz y a la que uno se acerca... Y tu rostro está invertido, tu boca es fruto para consumir a fondo de barca, en la noche. Libre mi aliento sobre tu garganta, y la crecida, por todas partes, de las capas del deseo, como en las mareas de luna próxima, cuando la tierra hembra se abre al mar salaz y flexible, ornado de burbujas hasta en sus charcas, sus pantanos, y el mar alto en la pasturanza hace su ruido de noria, y la noche está llena de eclosiones.

Oh amor mío con sabor de mar, que otras pazcan lejos de mar la égloga al fondo de valles cerrados — mentas, toronjil y meliloto, tibiezas de alisón y de orégano, y hable allí el uno de colmenas y el otro trate de rediles, y la oveja afelpada bese la tierra al pie de los muros de polen negro. En la época en que se anudan los melocotoneros y se desbrozan las vides, yo corté el nudo de cáñamo que mantiene el casco sobre su anguila, en su cuna de madera. Y mi amor está en los mares; y mi quemadura está en los mares!...

Estrechos son los bajeles, estrecha la alianza; y más estrecha tu medida, oh cuerpo fiel de la Amante... Y qué es ese cuerpo mismo sino imagen y forma de bajel? Barquilla y navío, y nave votiva, hasta en su apertura mediana; industriado en forma de carena, y sobre sus curvas modelado, plegando el doble arco de marfil al gusto de las curvas nacidas de mar... Los ensambladores de cascos, en todo tiempo tuvieron esta manera de ligar la quilla al juego de las cuadernas y varengas.

Bajel, mi hermoso bajel, que cede en sus cuadernas y porta la carga de una noche de hombres, me eres bajel portador de rosas. Rompes sobre el agua cadena de ofrendas. Y henos aquí, contra la muerte, sobre los caminos de acantos negros de la mar escarlata... Inmensa el alba llamada mar, inmensa la extensión de

las aguas, y sobre la tierra hecha sueño en nuestros confines violetas, toda la marejada a lo lejos se levanta y se corona de jacintos como un pueblo de amantes!

No hay usurpación más alta que en el bajel del amor”.

6. 1. —

¡Tú a quien he visto dormir en mi tibieza de mujer, como un nómada aborujado en su estrecha lana, recuerda, oh mi amante, todas las estancias abiertas sobre la mar en las que amamos.

Nuestros lechos deshechos, nuestros corazones desnudos, piensa en todo ese palpitar de tormenta y de mar alta que fue nuestra sangre misma, en búsqueda de la confesión; en todos esos astros consumidos que llevábamos a mar antes del día, marchando descalzos entre los mirtos como asesinos sagrados con manos ensangrentadas de sedas; en tantas lunas extenuadas que lanzábamos, de lo alto de los cabos, al vuelo de las gaviotas estercorarias.

Amar también es acción! Que atestigüe la muerte, que de amar sólo se ofende. Y nuestras frentes están ornadas con la sal roja de los vivos! Amigo, no te vayas a ese lado de las ciudades en que los viejos un día trenzan la paja de las coronas. Gloria y poderío sólo se fundan a altura del corazón del hombre. Y el amor en el desierto consume más púrpura que revistió la caída de los Imperios.

No te alejes más de mí sobre la mar incierta. No hay mar, ni hora, ni acción donde no pueda vivir mujer, tu sirvienta. Y la mujer está en el hombre, y en el hombre está la mar, y el amor lejos de muerte en toda mar navega. Pero nosotros, qué sabemos de las fuerzas que nos unen?... Escucha batir mi ala en tu ala, cautiva — llamada al quebrantahuesos de su pareja no detestada!

Tengo miedo y tuve frío. Conmigo tú contra la noche del frío — como en el túmulo de los Reyes, frente a la mar, y para el rito del solsticio, el astro rojo por el sacerdote atado a su poste de piedra negra, perrorado... Abrazame más fuerte contra la duda y el reflujo de muerte. Mírame, Poderoso! en ese lugar principesco de la frente, entre los ojos, en donde con pincel muy vivo se fija el rojo bermellón de la consagración.

Cautivo el dios. ¡Y fe jurada!... No te alejes. Está aquí! Que nadie en tí sueñe ni se aliene! Y aquella que velaba, sobre su flanco derecho, su vela de mortal, se levantará aún cerca del hombre para esa gran risa de inmortales que nos ligaba a ambos a la disipación de las aguas... Y mi ruego entonces a los dioses mudos: que un mismo lienzo de mar, en el mismo lienzo de sueño, nos una un día en la misma muerte!

No hay acción más grande, ni altiva, que en el bajel del amor”.

2.—

“...Armas rotas en corazón de aurora —oh esplendor! oh tristeza!— y mar a lo lejos inelégible... Un hombre ha visto vasos de oro en manos de los pobres. Y yo vagaba en el mismo sueño, costeano la estrecha ribera humana.

Ni traidor, ni perjurio. No temas. Bajel que lleva mujer no es bajel que hombre deserte. Y mi ruego a los dioses de mar: guardad, oh dioses! cruzada de mujer, la espada muy casta del corazón de hombre.

Amiga, nuestra raza es fuerte. Y la mar entre nosotros no traza fronteras... Iremos por la mar de muy fuertes olores, el óbolo de cobre entre los dientes. El amor está en la mar, donde están las viñas más verdes; y los dioses corren a la uva verde, los toros de ojos verdes llevando a cuestras las más bellas mozas de la tierra.

Llevaré allí mis ropas de nómada, y este corazón de hombre demasiado poblado. Y allí las horas nos sean tales que se las quiera invitar: como hijas de casa grande cuando se embarcan sin sirvientas — libres maneras y muy alto tono, honor y gracia y fiebre de alma!

Amantes, no somos gentes de labor ni mozos de cosecha. Para nosotros la alta y libre onda que nadie unce ni obliga. Y para nosotros, sobre el agua nueva, toda la novedad de vivir, y toda la gran frescura de ser... Oh dioses que en la noche véis nuestros rostros desnudos, no habéis visto rostros pintados ni máscaras!

Llegado el invierno, la mar de caza, la noche remonta los estuarios, y los veleros votivos se acunan en las bóvedas de los santuarios. Los jinetes del Este han aparecido sobre sus caballos color pelo de lobo. Las carretas cargadas de hierbas amargas se espinan sobre las tierras. Y los bajeles en seco son visitados por pequeñas nutrias ribereñas. Los extranjeros venidos de mar serán sometidos a censo.

Amiga, he visto tus ojos barrados de mar, como los ojos de la Egiptia. Y las barcas de placer son traídas bajo los pórticos, por las alamedas bordeadas de caracoles, de bocinas; y las terrazas desunidas son invadidas por una población tardía de pequeños lirios de las arenas. La tormenta anuda sus trajes negros y el cielo caza anclado. Las altas mansiones sobre los cabos son apuntaladas con tablonés. Se entran las jaulas de pájaros enanos.

Llegado el invierno, la mar a lo lejos, la tierra nos muestra sus rótulas. Se queman la pez y la brea en los peroles de hierro colado. Es tiempo, oh Ciudades! de blasonar con una nave las puertas de Cibele. Y es también venido el tiempo de celebrar el hierro sobre el yunque bigornia. La mar está en el cielo de los hombres y en la migración de los techos. Los cordeleros marchan a reculones en las zanjas del puerto, y los pilotos sin navío se acodan en las mesas de las tabernas, los geógrafos inquietan las rutas litorales. El Magistrado de los extranjeros, os dirá la morada de los Amantes?

Oh sueño aún, dí la verdad! Las remesas de madera de pecio pasan las puertas de la ciudad. Los Amos de casa se proveen de sal. Las hijas de casa grande cambian de lencería ante el hogar, y la llama amarilla aletea como una rapaz de mar en una jaula de hierro. Se queman en las estancias, sobre palas, la hoja de corteza estriada. Y el tráfico de mar vierte su numerario en los patios de las bancas de familia, las bestias de yunta husmean el bronce de las fuentes — tintineo de alianzas en las estancias, ábacos y contadores tras las puertas enrejadas— y he aquí una divisa todavía en forma de barquilla, o de calzado de mujer... Al testimonio de las monedas se aclaran la historia y la crónica.

*

Llegado el invierno, muertas las moscas, se sacan de los cofres de teatro las grandes estofas verdes con motivos rojos. Las amortajadoras se alquilan en los teatros con las comparsas. Y la mar con hedores de letrinas habita aún el ángulo de los viejos muros. La muchedumbre marcha, refriega de huesos, en el rumor aún de las caracolas de Septiembre. . . Amiga, qué otra mar en nosotros se sumerge y cierra su rosa de eléboro? Las manchas amarillas del verano se borrarán en la frente de las mujeres? He aquí que viene el fondo de las cosas: tambores de ciegos en las callejuelas y polvo en los muros frecuentados por el pobre. La muchedumbre es vana, y la hora vana, en que van los hombres sin bajeles.

Oh sueño aún, dí la verdad! Llegado el invierno, fuertes los astros, la Ciudad brilla con todas sus luces. La noche es la pasión de los hombres. Se habla recio en el fondo de los patios. El áspid de las lámparas está en las estancias, la antorcha ávida en su anillo de hierro. Y las mujeres están pintadas para la noche con el rojo pálido de coral. Ebrios sus ojos borrados de mar. Y aquellas que se abren, en las alcobas, entre sus rodillas de oro, elevan a la noche una queja muy dulce, memoria y mar del largo estío. —En las puertas cerradas de los amantes clavada la imagen del Navío!

*

—Una misma ola por el mundo, una misma ola por la Ciudad. . . Amantes, la mar nos sigue! La muerte no existe! Los dioses nos llaman a plática en la escala. . . Y sacamos de debajo de nuestros lechos nuestras más grandes máscaras de familia.